

Capítulo II

La memoria cívica de los nuevos “fundadores” (1965-1998)

La memoria empeorada de las generaciones emergentes

La memoria de los niños y jóvenes de ayer está poblada —como se vio— de buenos recuerdos. De un tiempo pasado (de infancia) que fue mejor. Lo cierto es que, pese a todo, fue un tiempo feliz. Sin embargo, esos niños y jóvenes crecieron y debieron aprender a ser adultos, trabajar, formar familia, tener casa propia y, sobre todo, a convertirse por sí mismos en una comunidad de ciudadanos protagónicos. Y mientras estaban en eso, los tiempos cambiaron. La época se tornó difícil. Así, los comparativamente relajados tiempos de los años 40 y de los primeros años 50 dio paso, desde la crisis de 1955, a un tiempo revuelto, convulsionado, que se fue haciendo más y más complicado. La entrada a la adultez de esa generación coincidió, pues, con un tiempo enraizado, cambiante, y fue dentro de esa revoltura donde tuvieron que convertirse en “fundadores” de todo: de familia, de población, de sociedad civil. En este sentido, repitieron la aventura inicial y el ciclo fundante de sus padres, pero con el tiempo no sólo cambiado, sino, en muchos aspectos, ‘en contra’. De modo que tejer ‘otro’ retazo de sociedad civil popular fue, para ellos, de hecho, un trabajo pesado, plagado de dificultades. Esto les obligó a realizar un esfuerzo nuevo, inédito, diferente al realizado por sus propios padres.

Esta nueva generación de ‘fundadores’ ¿alcanzó el éxito en sus objetivos? En general: sí. Desde luego, se emparejaron y formaron familia, manteniendo en alto el espíritu optimista de su época de infancia y adolescencia. Pero los

nuevos tiempos —sobre todo después de la crisis del año 1967—, definitivamente, no eran favorables, y no todos alcanzaron la meta final. Muchas parejas quedaron en el camino, o entraron en un período de crisis, con desgarros internos que impactaron con fuerza sobre sus hijos. Lo cierto es que, en este nuevo contexto, el “fundador” —el padre— debió moverse mucho más para conseguir empleo y el ingreso mínimo que asegurara la subsistencia de la familia, la compra de una casa y la educación de sus hijos. El fundador masculino —el tradicional “proveedor”— ocupó así gran parte de su tiempo buscando trabajo “en otra parte”, lo que lo llevó a alejarse de la casa. Por eso, en muchos casos, fue la fundadora femenina —la madre— la que debió asumir de lleno, por sí misma, la tarea ‘pública’ de llevar a buen final la lucha por la casa propia y por el mínimo entorno urbano necesario para instalar esa casa en la vida moderna. Tarea que también, en cierta medida, la alejó de la casa.

De este modo, la leyenda de los nuevos “fundadores” se tejió de otra manera. Y pese al éxito relativo alcanzado por ellos, en la memoria de sus hijos (nietos de los primeros fundadores) quedaron pesando abrumadoramente los avatares de la lucha del padre contra el difícil mercado laboral (de donde provenían los recursos para la subsistencia y la educación), y de la madre contra el no menos difícil mercado estatal (de donde venían ‘recursos’ para el desarrollo del entorno urbano). Porque, a decir verdad, aunque la generación del 60 —que hasta aquí se ha denominado como ‘los niños y jóvenes de ayer’— tuvo éxito en conquistar una casa y una población urbanizada, *no* pudo conseguir que el Mercado y el Estado garantizaran, para sus hijos (los nietos), un nivel superior de educación y una posibilidad cierta de empleo estable. El peso del nuevo contexto histórico, sobre todo después de 1973, fue abrumador. El Mercado y el Estado fueron, durante todo ese tiempo, mucho más fuertes que la sociedad civil popular. Por eso, los nuevos retoños (los niños y jóvenes de los 80 y 90) —como se verá más adelante— no siempre recuerdan con orgullo y respeto la historia de los que fundaron su familia, su casa y su población. Los nuevos tiempos desplegaron su dificultad como en dos oleadas, y la segunda cayó con todo su peso, precisamente, sobre el futuro de esos niños y jóvenes, sin que los nuevos fundadores pudieran hacer algo por evitarlo. La memoria de los “cabros chicos” y “cabros jóvenes” de hoy se está construyendo, por eso, de tal manera, que su memoria de infancia no puede clasificarse, sin más, en aquellas que proclaman que “todo tiempo pasado fue mejor”.

Las generaciones populares juveniles de los 80 y de los 90, por lo mismo, deberán ‘fundar’ sus familias, casas y poblaciones *sin* tener en su pasado un modelo plenamente exitoso de referencia, *en* un tiempo presente más difícil aún que el de sus padres y *con* una más baja probabilidad de convertirse en una elite legendaria en la memoria de sus propios hijos (biznietos ya de los primitivos fundadores).

Mientras las nuevas generaciones siguen apareciendo, las antiguas envejecen, rodando una tras otra y agregando a la memoria colectiva nuevas y nuevas capas de recuerdos. La rotativa de estos recuerdos muestra que no sólo no hay un mejoramiento neto de las actuales con-

diciones de vida de las masas poblacionales, sino que —lo cual es mucho peor— tampoco lo hay en la memoria de su *pasado*. En este sentido, hay una cierta ‘regresión’.

Pese a esto, no se puede negar que la historia adulta de los que fueron niños y jóvenes en los años 40, 50 o tempranos 60 es, sin embargo, altamente significativa. En parte, porque lucharon con éxito relativo durante la primera oleada del ‘tiempo difícil’. En parte, porque esa lucha les permitió desarrollar de manera muy significativa su protagonismo ‘cívico’, y en parte —por último— porque su éxito fue importante en lo habitacional y urbanístico. Estos logros han sido los que hoy configuran el orgullo vecinal de estos nuevos fundadores, y el pedestal que, sin duda, sostiene su liderazgo actual.

Con todo, en el plano ‘nacional’, esos nuevos fundadores no cosecharon un paquete similar de logros. Ni en los años 60 ni en los 70 pudieron llevar a cabo las reformas estructurales que hubieran podido asegurar para sus hijos una educación integral y un empleo estable, con ‘carrera ocupacional’. O sea: un acceso expedito y total al ‘sistema de la modernidad’. Es por esto que, hoy, en una proporción muy alta, esos hijos viven en calidad de “allegados” en alguna mediagua emplazada en el patio trasero de la casa que, con protagónico esfuerzo, conquistaron sus ‘viejos’.

La ausencia de orgullo ‘político’, pues, deja al legítimo orgullo ‘vecinal’ en una condición deficitaria, incompleto, deficiencia que los jóvenes resienten de un modo tal que no reconocen como legítimo el orgullo de los adultos. Así, la sociedad civil popular comenzó, desde 1973, a acumular orgullos incompletos, expectativas cercenadas y recuerdos de signo diverso o contrapuesto. La heterogeneidad, por tanto, vino a instalarse en medio de todos.

El emparejamiento

Muchas de las parejas que hoy son adultas se conocieron jugando “hasta de noche” en las calles de tierra, en los sitios separados por alambradas, en los bosques cercanos, en los manzanales que había en todas partes, o en el camino a la Escuela. El pololeo, por eso, formó parte de la ‘memoria feliz’, pues surgió asociado a las colas que se eternizaban frente a los pilones de agua, en el bullicio de las fiestas de la primavera, en la excitación carnavalesca de los encuentros estudiantiles, o en las quintas de recreo donde se divertían, el sábado o el domingo, sus padres. Por eso, la edad del pololeo, para los ‘niños y jóvenes de ayer’, no constituyó una nerviosa aventura dramática de rebelión y liberación afectivas, sino la continuación natural del espíritu comunitario de la “gran familia” existente por entonces. Casi sin excepción, los adultos actuales recuerdan con cariño, picardía y mucho sentido del humor sus primeros flirteos amorosos y las anécdotas iniciales de su emparejamiento.

Así recuerdan, en coro, las señoras del Centro de Madres de la población San Francisco la atmósfera epocal del pololeo:

—En Avenida Francia con Sargento Aldea, un poquito más allá, en toda la esquina donde empiezan las casas, ahí había una llave grande donde toda la gente de la población tenía que ir a buscar agua, porque no había agua en las casas...

—Todo el mundo tenía que ir a buscar agua p'allá...

—Y en la noche, me acuerdo, se juntaba harta gente y las cabras jóvenes iban a pololear p'al frente, p'al lado de la Feria y del tren...

—Ese era el lugar de encuentro, donde nos juntábamos todas... en la llave, claro ¡ja, ja!

—Y todo el mundo iba p'allá, todos teníamos que ir a buscar agua. Mis tías iban conmigo y de ahí me dejaban cuidando los baldes y de ahí ellas iban a pololear p'allá... ¡ja, ja!

—Y yo acompañaba a mis hermanas también, poh...

—Igual que aquí, poh. Aquí... ¿en qué época era? se hacía el baile en la plazuela...

—¡P'al reinado, en diciembre, poh!

—Sí, poh. Ahí me acuerdo que yo tenía que aganchar a mis hermanas también, a la Pepa, sobre todo.

—Se cerraba la plazuela y se hacía el baile. Me acuerdo que estaba de moda el cha-cha-chá...

—Y el que la revolvió en todo eso era el tío Ramón, poh. El tío Ramón hacía todos esos reinados, hacía esos bailes, sacaba candidatas a reina...

—Pero el tío Ramón ya falleció. Murió el tío Ramón...

Eliana Marín (la niña que quedó “huachita” en la comparsa estudiantil) y Antonio Cifuentes (el que se unió a última hora a la comparsa para no dejar sola a la “huachita”) se conocieron a los 17 años siendo estudiantes de Liceo —ver más arriba— y pololearon cuatro años antes de casarse, en 1947. De sus cincuenta años de matrimonio (hoy asisten al Centro de Adulto Mayor “Años Felices”), los primeros diez vivieron en la Población, teniendo que ir a buscar el agua, cambiándose de llaves y pilones continuamente porque los pobladores mojaban y embarraban los alrededores, razón por la que los desalojaban, obligándolos a buscar otra llave y otra más. La memoria del agua, por eso, se ligó profundamente a la memoria del amor. Y, por cierto, a la vida de pareja.

Las dificultad de conseguir un sitio y armar o mantener una casa no desalentaron a los pololos para emparejarse, ni disminuyeron —según se desprende de sus relatos— su aparente alegría de vivir. Es lo que revela el relato que hace doña Isabel Rosales de su noviazgo y primeros años de matrimonio:

—Así fue pasando mi vida de soltera. Hasta que un día llegó un homrecito que trabajaba en la Compañía, que se vino a vivir acá, justo en la calle 21 de Mayo también... ¡mira! Y un día nos conocimos así: él pasó en una moto, me quedó mirando y por ahí comentó: ‘Voy a pololear con esa chiquilla y me voy a casar con ella’... ¡Y era harto feo, poh! Y fue tan insistente que al final dije que sí. Por aburrimiento yo creo que al final le dije que bueno. Y ha sido un buen marido. Así que, bueno, seguimos acá. Y salió una nueva familia y así sucesivamente han

salido mis hijos. Ya tengo dos casados, tengo cinco nietos, más otro que viene en camino. Y la vida ha sido pacífica aquí, la verdad.

No todos los adultos, sin embargo, lograron sortear las dificultades y crisis que amenazaban su flamante emparejamiento. Dado que la mayoría de las parejas se organizaban de manera que el marido fuera el 'proveedor' y la esposa la 'dueña de casa', la situación del empleo, que era inestable y cambiante —a menos que se tuviera la suerte de ser empleado en alguna gran compañía con asiento en Rancagua o en El Teniente—, impactaba en la pareja por el lado de la situación laboral del marido. De eso dependía que el rol de la 'dueña de casa' funcionara sin sobresaltos y que hubiese un espacio propio para la familia. Pero la insuficiencia del empleo agrícola y el carácter azaroso del empleo industrial —sobre todo después de 1973— obligaron a los maridos a cambiar de trabajo y a buscar mejor suerte en lugares distintos al de donde estaba su vivienda. Esto tensionaba la vida familiar. Doña Isabel Rosales, por ejemplo, venía de una familia compuesta de once hermanos que vivían en el Rincón del Abra, donde se dedicaban a tareas campesinas. Allí conoció a Pedro Enrique Soto, con quien se casó y se fue a vivir a Copequén. Pedro trabajaba en el campo, pero se aburrió de ese trabajo por los bajos salarios "y se vino a trabajar acá a una firma que era para arriba; a ésa la llamaban La Yuta". De modo que iba a su casa, en Copequén, sólo cada quince días. La señora Isabel vivió sus primeros años de casada, pues, casi sola:

38

—Yo tenía todos mis niños chicos, vivía sola allá. Yo tenía que ver con todo lo de la casa: con los pollos, tenía que regar; o sea: prácticamente todo. Yo era un hombre en la casa. Después ya me aburrí también sola, con los chicos que tenía que mandarlos al colegio, y un día vine acá a Rancagua y me encontré un arriendo que quedaba al frente, ahí. Vivía una cuñada mía en esa casa donde me vine yo, y hablé con la dueña de la casa, tuve que ir a hacer el trato con ella allá arriba a Endesa, y la señora por suerte me arrendó la casa. De la noche a la mañana yo me vine sola aquí, mi marido no sabía dónde estaba yo viviendo, y así fue toda la historia desde el campo hacia Rancagua... Mi marido dejó de trabajar en esa empresa, se terminó esa empresa, estuvo como tres meses fuera y de ahí lo llamaron en el año 72, lo llamaron a trabajar a El Teniente, y ahí estuvo trabajando en la empresa por veinte años. Y ahora es pensionado de la empresa. Tengo seis hijos y actualmente tengo seis nietos. Vivo aquí desde 1969.

Menos suerte tuvo la señora María Eugenia, de la población Irene Frei. Ella nació en Rancagua y tuvo una infancia difícil: "te puedo hablar de que no tuve mamá, mi mamá murió cuando yo tenía año y medio y fui criada con abuelos; o sea: 'criada' entre comillas; he dado muchos tumbos en mi vida, muchos tropiezos, mi vida no me le ha presentado color de rosas, me ha tocado mucho, muchísimo que luchar".

Se tuvo que ir a Santiago y fue allí donde se casó. Tuvieron dificultades económicas ("pasé por muchas cosas cuando me casé, pasé por hambre, por miseria"). Para resolver sus problemas participó en una toma de terreno, en el Paradero 18, en Santiago.

—Mira, eso fue en el Paradero 18. Los carabineros nos pegaban, nos botaban los braseros, nos botaban las teteras hirviendo, qué se yo... ¡todo!; pero la cosa es que se la ganamos, después los mismos carabineros nos fueron a dejar agua a la chacra Santa Elena adonde nos ubicaron mientras nos entregaban los terrenos, y nos dieron una mediagua ya usada, donde te entraban los rayitos de sol o el frío por todos lados. Bueno, pero así se fue teniendo. Era la chacra Santa Elena, donde habían serpientes, había de todo. Fue el año 1966, claro, porque ahí, la Blanquita nació ahí en esa población... Nosotros llegamos un 26 de marzo del 66 y ahí, en abril, me mejoré de ella, así que iba en las últimas. Bueno, y así fue mi vida hasta que ella tuvo cinco años; después yo quise tener a la menor, que es María Eugenia y... ¿qué quieres que te diga? Se nos han presentado cosas por el camino a todas, pero todas las hemos sabido enfrentar... Mi (ex) marido tomaba. No le alcanzaba la plata para que mis hijos comieran, supieron de mucha hambre mis hijos, y tuve que trabajar mucho para darles a ellos lo que necesitaban cuando quedé sola... El padre no era un padre ejemplar, prefería tomarse la plata antes que preocuparse de ellos... Alcancé a estar veintitún años casada, más o menos. Llegó un momento en que dije ¡basta! Yo estaba trabajando, me había hecho de un muy buen trabajo, de muy buenos patrones y llegó un momento en que rompí relaciones con mi marido y cuando él se fue me fui cayendo de a poquito ¡hasta que quedé sentada en el suelo! y pensé qué iba a ser de mí, separada, con mis crías, cómo iba a hacerlo... Me agarré de mi patrón, me ayudó a pagar las cuentas, fui pagándolas de a poco... y, bueno, un día conocí a este hombre que me ayudó con mis hijos, me ayudó con mi casa, qué se yo... Es de mal genio, tiene un genio terrible y yo también soy de mal genio...

39

Muchas parejas de la generación del 60 tuvieron que enfrentar, pues, “tropiezos, muchos tumbos, hambre y miseria”. Para superar esos tropiezos, las madres necesitaron de suerte, de encontrar oportunamente un buen trabajo y, al principio o al final, de un ‘socio’ firme y tenaz. No siempre se cumplieron esos requisitos ni siempre se halló un buen reemplazante al compañero que se iba. A lo largo de esta lucha, los “tumbos” significaron casi siempre que los niños desertaran de los estudios, trabajaran de forma prematura o buscaran una escapatoria a su situación a través de un rápido emparejamiento. “Fue amargo para mis hijos —dice la señora María Eugenia—: Blanquita no alcanzó a hacer su práctica porque, la verdad, no hubieron medios para hacerlo y eso todavía la viene afectando, porque ella, en este momento, ya sería una profesional... El otro mayor se casó desesperado, porque ya no daba para más la historia en la casa mía”.

Si la lucha por mantener la pareja y la unidad de la familia fue larga y difícil, no lo fue menos la que esas parejas debieron dar —como se verá más abajo— para conquistar una casa propia dentro de una población urbanizada. La señora María Eugenia debió ir a una “toma de terreno” y vivir largo tiempo en una mediagua vieja y en una chacra que aún estaba infestada de culebras. Los mismos primitivos fundadores que pudieron comprar un sitio en los loteos realizados por los dueños de fundo no vivieron, al principio, de modo muy distinto, puesto que debieron levantar por sí mismos, como pudieron, sus casas y mejoras. Sin agua, sin luz, sin vere-

das, sin pavimento y sin alcantarillado. Para la vieja tanto como para la nueva generación, emparejarse equivalió, en cierto modo, a asumir el rol del ‘colono’ que necesita *fundarlo* todo: desde su misma condición de pareja, hasta el trozo de ciudad nueva que termina ‘ofertando’ a la ciudad formal. Al punto que resulta inseparable la tarea de construir familia con las tareas anexas de construir ciudad y sociedad; como si el éxito en la tarea ‘privada’ de fundar familia dependiera del éxito en la tarea ‘pública’ de fundar ciudad y sociedad. Los hechos muestran que la tarea material de levantar casa, población y ciudad puede ser tan difícil y costosa que, cuando se alcanza el éxito en ella, no se asegura necesariamente la proyección exitosa de los hijos. Es el drama social que enfrentan aún las parejas que han logrado sortear con éxito los “tumbos” conyugales de su historia íntima. Al parecer, para los nuevos fundadores, alcanzar la cima de la ‘casa propia’ no ha sido todo, pues ha subsistido un tenaz déficit contextual, cuyo costo neto está siendo transferido a los “cabros chicos” y “cabros jóvenes” de la novísima generación.

El emparejamiento feliz se transformó en una lucha social por la casa y la población. Esta lucha resultó exitosa en lo material y en la construcción de una micro-sociedad civil (popular), pero no lo fue en el contexto estructural, que terminó por aprisionar el futuro de los hijos de esas parejas. La memoria feliz de los segundos fundadores empalideció, tanto, que ha llegado a borrarse en las conversaciones jóvenes de la tercera generación.

40

La dramática memoria del “proveedor” y la memoria cívica de la autogestión comunitaria

No hay duda de que, para que una pareja alcance como tal un mínimo de éxito y felicidad, es indispensable que logre resolver de una manera adecuada el problema laboral del marido y/o de la esposa. En este sentido, las transformaciones que ha experimentado la economía regional (y la nacional) desde el período de la Reforma Agraria hasta el día de hoy, han sido determinantes. Los relatos de los pobladores revelan que el paso de la economía agraria más tradicional a la economía industrial o comercial modernas fue, en la región, difícil y convulso, a lo que se sumaron los vaivenes del sistema productivo y laboral del influyente y omnipresente complejo minero de El Teniente. Para muchos de los adultos que fueron entrevistados, ese cambio significó pasar de un régimen de ‘trabajo apatronado’ (como inquilino o peón en el tradicional sistema hacendal de los latifundistas de antaño) a una condición de ‘trabajo asalariado temporero’ (típico del modelo neoliberal, vigente hoy en los nuevos huertos, viñas, packings, frigoríficos y plantas faenadoras). Pocos, por tanto, pudieron tener empleo conforme al régimen laboral propio del capitalismo industrial más avanzado (o “fordista”, como se le ha llamado).

El cambio en las condiciones del empleo trajo consigo también un cambio en el espacio de la vida familiar: antes, durante el trabajo apatronado, se vivía en una casa ‘del’ fundo y ‘del’ patrón; después, en la época en que

se impuso mayoritariamente el trabajo asalariado, las parejas debieron resolver por sí mismas, en la periferia de la ciudad, el problema familiar de dónde y cómo vivir. Después del cambio, el ingreso familiar ha seguido dependiendo, de un modo u otro, de la ‘economía patronal’, pero no así el ítem de ‘la vivienda’, que comenzó a depender, sobre todo, de la *capacidad autogestionaria* de las parejas y del apoyo público que, para eso, ellas mismas lograran conseguir (del Estado, del Municipio, los bancos, las grandes empresas, etc.). Si antes la vivienda ‘apatronada’ era un factor de dependencia que erosionaba la capacidad cívica de autogestión, después, la gestión de la vivienda ‘periférica’ produjo el efecto contrario: las parejas, al luchar socialmente por su vivienda, acumularon en su memoria una alta dosis de recuerdos ‘cívicos’; de ciudadanos de nuevo tipo. En eso se diferenciaron de sus progenitores. Así fueron añadiendo, a la trama fundacional, nuevos hilos y tejidos a la emergente sociedad civil popular del sur y poniente de la ciudad de Rancagua.

La señora Laura cuenta que ella llegó a vivir en Puertas de Fierro a mediados de la década de 1960, cuando todos en ese sector “vivían apatronados”. Allí se instaló con su marido, al principio, en el fundo “de Los Ortices, que le llamaban”.

—Después el patrón le dio, aquí, una casa, que era de adobe, para que viviéramos; él trabajaba por la casa y le daban un terreno para sembrar y todo eso. El trabajaba apatronado y le daban una porción de porotos y el pan se lo daban, la ‘galleta’ que le llamaban. Le dieron un terreno y él sembraba y yo le ayudaba, a pesar de que yo nunca había trabajado en el campo. Pero había que aprenderlo. Ahí al principio yo limpiaba las chacras y después las parcelas. Los primeros años teníamos animales, vacas, cosas por el estilo. Después se aparceraron ellos, después que pasó el tiempo de ser apatronados. Antes, no me acuerdo en qué año, el Estado hizo que los trabajadores, los inquilinos, tomaran las propiedades, los terrenos. Entonces ahí se aparceró eso, se hizo una expropiación, que le llamaron. Entonces, para la expropiación, cada uno de los inquilinos tenía que tener un puntaje; entre más hijos tenía, más puntaje tenía y tenía la posibilidad de escoger su parcela. Y ahí mi esposo quedó con parcela. Claro, se aparceraron. Empezaron a trabajar como dos o tres años en grupo. Se dio la posibilidad de que el campesino trabajara la tierra, que fuera propia. Pero se les cerraron las puertas en cuanto a dinero, porque los bancos... o sea, todo lo que trabajaba el campesino, se lo llevaban los bancos, o el Estado. El banco les quitaba la plata y no había maquinaria. No se podía trabajar. Entonces la necesidad fue grande. Tuvimos que vender, vender las parcelas. Y mucha gente que tuvieron parcelas viven hoy del aire, porque muchos ricos (con la sinvergüenzura siempre adelante; algunos, no todos) les quitaron las parcelas. O sea: compraron las parcelas y en ese entonces les hicieron firmar papeles en blanco, por donde les quitaron todo: las parcelas, los sitios y el bien común. Llamémosle ‘sitio’ a lo que era ‘casa’. ‘Bien común’ eran terrenos aparte de lo que era la parcela (tranques y potreros). Así que mucha gente, casi la mayoría, se quedaron sin parcelas. Mucha gente vive así no más, sin ser propietaria. Nosotros (yo, como estaba más entendida) empezamos a hacer trámites y saqué mi escritura, y después con mi escritura postulé a un subsidio y compré

mi casita de madera y la instalamos en la misma casa vieja, que era de adobe... Después todo eso fue desapareciendo a medida que pasaba el tiempo y todo se fue organizando mejor, urbanizándose y todo perdió el sentido de lo que era campo. Ahora ya no es como campo esto... Hoy viven aquí como 20 familias, la mayoría sigue trabajando en el campo, por el mínimo... Mi marido estuvo como un año sin trabajo y yo ahí me tuve que instalar con un negocito y él ahora está trabajando para afuera, está cerca de Pichilemu, para allá, en una empresa que vino a trabajar en la Santa Mónica, y les gustó como trabajaba mi marido y se lo llevaron. Así que a él le pagan pensión, todo. Todas las semanas él se va el lunes a las seis de la mañana y vuelve el día viernes, como a las nueve o diez de la noche. Y es primera vez en treinta años que estamos casados que se tuvo que salir. La necesidad, poh, señorita: él no quería irse porque ¡toda una vida! viviendo con una y los hijos, todo. Pero como los hijos ya están grandes, él salió conforme...

La señora Rebeca Caro, también de Puertas de Fierro, corrobora lo dicho por la señora Laura. "Aquí se parceló —dijo— porque estaban mal todos y parece que a todos los de por aquí les tocó parcela". Actualmente —agrega— quedan sólo unas 23 o tal vez 30 familias, aunque el número aumenta debido a que se "han hecho casas en los patios" donde se instalan a vivir los hijos mayores con sus familias, pero también se instala "gente que viene del sur, gente que uno ni conoce". El lugar



El lugar corresponde al antiguo fundo de Los Ortices, pero de las antiguas puertas de fierro que había en la entrada del fundo, ya no queda nada.

corresponde al antiguo fundo de Los Ortices, pero de las antiguas puertas de fierro que había en la entrada del fundo, ya no queda nada. “Dicen que antes habían puertas —cuenta la señora Rebeca—, pero desde que llegué yo aquí hace cuarenta años no he visto ninguna puerta. Le llaman las Puertas de Fierro, pero yo no sé cuáles son los fierros...”.

La mayoría de los parceleros, después de 1975, tuvo que “salir” del lugar a buscar trabajo en otras comarcas. Tal le ocurrió a don Pedro Soto, el marido de la señora Isabel Rosales. Lo mismo le ocurrió al primer marido de la señora María Eugenia y también al de la señora Rebeca. “Salir” en busca del esquivo trabajo asalariado podía significar un largo itinerario capaz de llevar a los hombres de un lugar a otro. A un ‘vagabundeo’ similar al de los peones del siglo XIX. La historia laboral de don Orlando Celis (74 años, de la población Patria Joven) es ilustrativa:

—Primero estuve en Graneros, y ahí en Graneros estuve trabajando en la fábrica de Chiprodal. Como yo trabajaba en construcción, trabajaba afuera. Estuve trabajando en El Teniente, en la mina, como en el año 38; tenía 16 años, en ese tiempo trabajaba con una tía que tenía pensión arriba... Y después trabajé en la mina, pero yo ya estaba casado ya, alcancé a trabajar ahí como cinco años. En Endesa [Empresa Nacional de Electricidad S.A.] estuve como doce años. Estuve en distintas partes, en cosas distintas: fui carpintero, minero, también estuve en el Cuerpo de Carabineros... pero me retiré porque no me gustó mucho la disciplina, como joven que era, pues; fui cabo de Carabineros cuando tenía veinte años... claro, como yo me crié solo con mi mamá... o sea, que no le... como podría decir, no le hacía mucho caso a los jefes, a los superiores... Nos gustaba aprender las cosas, nos gustaba desde chicos, de intrusos, si hasta la fecha nos gusta, aunque ya la salud me acompaña poco, porque ahora estoy de vigilante y hago dos turnos, de día y de noche... Me he recorrido todo el sector, siempre trabajando. Cuando trabajé en la construcción trabajé en todas las poblaciones: en la Rancagua Sur, estuve en la Rancagua Norte, en la Manso de Velasco, en la Villa de El Teniente, en casi todas las poblaciones que se construyeron... trabajé en el edificio de la plaza, en el edificio municipal... fuera, a la salida de Rancagua, p’al lado de Puente Alto, p’al sur, en Talca, trabajé todo Chile... P’al norte también, hasta Coquimbo: estuve trabajando en Coquimbo en minas, p’allá se llaman ‘pirquén’... y yo me cambiaba de una mina chica a otra... Si no hace mucho que dejé de trabajar en la construcción, porque se me afectó la rodilla. Mire, yo era herrero, pero herrero de esos que le pegan al fierro. Yo estudié en el Politécnico de San Bernardo y ahí iban cabros de todas partes, porque de los juzgados mandaban ahí: ya los cabros que no tenían papá, los cabros que se portaban mal; llegaba de todo y ahí a mí me llevaron para que aprendiera una profesión, pero yo la escogí mal, habiendo tantas otras profesiones... incluso en San Vicente de Tagua Tagua tuve clínica yo, allá no había veterinaria, así que llegaban todos los animales a mí... Trabajé también en Santiago, de inspector de herraje en el Club Hípico, también en una bodega... Llevo 45 años de matrimonio, tengo una hija y un hijo, ella trabaja en la Municipalidad de El Quisco y me paga el teléfono... el otro es más desastrado, como todos los hombres.

La reforma agraria, iniciada en 1965 y continuada con altibajos hasta el día hoy, ha sido larga, profunda y extensa, de modo que el sistema de trabajo campesino, en todas partes, evolucionó de modo masivo hacia el trabajo asalariado estacional, de temporero. La economía industrial, por el contrario, se ha desarrollado muy lentamente y en dispersión: se ha levantado una fábrica por aquí y otra por allá, lejos. No ha habido suficiente concentración industrial, ni en la región, ni en la ciudad misma de Rancagua. El resultado es que el mapa laboral de los hombres se extendió sobre una zona muy amplia, obligándolos a “salir” del sitio donde, con mucho esfuerzo, con su pareja, habían enclavado su vivienda y su familia. Con el agravante de que, en la mayor parte de los casos —como se dijo— el trabajo que podían hallar era precario “y por el mínimo”, lo que no les permitió cumplir a cabalidad con su rol de “proveedores” de la familia que fundaron con su pareja, déficit que se ve agravado por sus largas estadías fuera de la casa. La instalación de nuevas empresas en el área ha beneficiado a algunas poblaciones en términos de empleo, pero a costa de soportar otros problemas. Como en la población Las Tranqueras, cerca de la cual se instaló el criadero Súper Pollo. A este respecto cuenta la familia Martínez-Venegas, que vive en esa población:

—La gente trabaja aquí en la parte agrícola, en el criadero de Súper Pollo, que es un criadero de cerdos y también de pollos. Desde que llegaron hay aquí un mal olor... pero ya nos acostumbramos al olor. Eso era lo bueno de allá, de Punta de Cortés, donde vivíamos al principio: ningún mal olor. En cambio, aquí... es igual que ir al matadero, a pesar que dicen que hay un tratamiento de las aguas servidas. Por aquí hay como 28 criaderos más... pero hay gente que trabaja en parcelas agrícolas. Todos trabajan como temporeros. Nuestra hija está estudiando Secretaría Ejecutiva Contable, pero cuando salió del colegio entró a trabajar en la temporada de la fruta... Aquí, la fuente laboral principal es eso: el trabajo temporero. Ahora los patrones trabajan con puros temporeros: no se complican.

Como dicen los Martínez-Venegas, la dispersión espacial de los centros laborales se ha complicado con el hecho de que *todos* esos centros —los de tipo agrícola y los de tipo industrial— están operando, para “no complicarse”, el régimen de trabajo temporero. Es decir: el régimen laboral que *menos* resuelve el problema del ingreso familiar y el del rol proveedor de los maridos. Sólo los hombres que han optado por ser “areneros” (o “carretoneros”) y laborar extrayendo arena y áridos del río han podido trabajar en el mismo sitio donde han levantado su vivienda (a la orilla del río). En este caso, los hombres, a costa de hacer un duro trabajo que no es ni apatronado ni salariado sino autónomo, han logrado sostener a sus familias —en un nivel básico de pobreza— y aun, como demuestra el caso descrito de don Eduardo Cáceres, educar a sus hijos. Otros casos de trabajo autónomo, como “la fragua” que montó don Raúl Berríos en la población San Francisco, o la venta de flores que por generaciones administró la familia Huerta de la misma población, o la panadería fundadora de esa Población, o el “negocito” que erigió la señora Laura, aunque no han permitido alcanzar la prospe-

ridad, al menos han proporcionado a sus gestores autonomía y un mínimo de ingreso. Que es lo que, tal vez, ha llevado a esos negocios a pasar de padres a hijos, de generación en generación. Como una memoria continua, ininterrumpida.

La crítica situación laboral ha ocasionado que los maridos, más tarde o más temprano, no puedan cumplir a satisfacción su parte en el compromiso familiar, lo que ha tensionado a la pareja, a menudo hasta romperla. Por eso, muchas mujeres han quedado solas o viudas, convirtiéndose en “jefas de hogar” enfrentadas a la situación extrema de tener que trabajar en cualquier cosa o vivir de una pensión que no alcanza para nada.

—Aquí hay unas señoras viudas —cuenta don Gustavo Miranda, presidente de la Junta de Vecinos de la población Dintrans— que tienen unas pensiones muy miserables, y fíjese que todavía tienen esas casas de cuando se radicaron hace 32 años; aquí mismo en la esquina hay una señora que vive en pésimas condiciones. Es cosa de presentar un proyecto a las autoridades para hacer un estudio y darles un beneficio a esa gente —que son unas doce personas— para darles aunque sea un techo (pues da no sé qué ir a verlas)... Hemos sido aporreados los antiguos de esta población. La generación de ahora no tiene ni la menor idea de lo que fue esta población. Nosotros no más sabemos la historia... Hay 27 casetas sanitarias que faltan en la población... Hay una señora que no puede abrir la ventana de la cocina porque en el sitio de al lado ya no tienen lugar para hacer hoyos para pozo, ya no tienen...

46

Bajo estas condiciones de empleo, la adquisición de un espacio propio y la construcción de una vivienda se convierten en una necesidad imperiosa y en una tarea heroica, para cuya realización no hay otra alternativa que reunir y asociar a varias parejas de idéntica situación. De este modo, a la necesidad más bien ‘subjettiva’ de formar y sostener una pareja, la tarea adicional de conquistar un espacio y levantar una vivienda agrega un imperativo ‘social’ de carácter estratégico: formar un comité y una *comunidad de parejas*. Los testimonios recogidos revelan que las parejas han gastado una enorme energía y una buena parte de su vida en resolver socialmente el problema de la vivienda y de la población respectiva; resolviéndolo, han descubierto y, al mismo tiempo, desarrollado sus capacidades autogestionarias y su prestigio de “vecinos fundadores”. Y haciendo eso no sólo han acumulado memoria cívica, sino que también han forzado al Estado a reconocer públicamente su calidad de ‘actores’ y su emergencia como ciudadanos protagónicos en los procesos de construcción de nuevos segmentos de ciudad y nuevas redes de sociedad civil.

Es por eso que las parejas de segunda generación, al revisar su propia memoria, sienten orgullo. Son, en todo el sentido de la palabra, legítimos “vecinos fundadores”. Sin embargo, preciso es reconocer que ese legítimo orgullo se refiere a la materialidad de su vivienda y al urbanismo de su población. Porque ese orgullo no puede hacerse extensivo al plano educacional y laboral en el que deberían desarrollarse sus hijos. Pues, aunque esas parejas han construido sus viviendas y han promovido incluso (con el dinamismo social adquirido) la construcción de escuelas, plazas, capillas, talleres, y otros ‘adelantos urbanos’, no han logrado controlar ni con-

trolan hoy el mercado laboral ni el sistema de educación superior, ni las posibilidades que la sociedad global ofrece a la juventud. Bajo la epidermis del orgullo legítimo late un problema no resuelto, una crisis larvada que no se refiere tanto a las condiciones materiales del ‘habitar’, como a las condiciones en las que se reproduce su vida y se integra a las nuevas “nidadas” de niños y jóvenes a la vida moderna que prima en la sociedad global.

De jóvenes, las parejas no trepidaron en arrostrar la miseria cuando se trató de conquistar la casa propia. Así, por ejemplo, las familias que se habían ‘arranchado’ en la orilla del Cachapoal —para facilitar el trabajo de los jefes de familia que extraían áridos del río— fueron erradicadas de allí en 1965, debido a las grandes crecidas que hubo ese año. Don Enrique Dintrans y otras personas ayudaron en el traslado de los pobladores damnificados a los pastizales de la otra orilla del río. Así, dentro de una absoluta precariedad, surgió y creció la población Dintrans.

—Oiga, daba lástima ver cómo estaba esta población —cuenta don Gustavo Miranda—, si era un verdadero callamperío. Estas fueron casas prefabricadas (todavía quedan), no habían veredas y no había agua, luz, ni nada. Por aquí corría una acequia y por ahí la gente sacaba agua. Después, con el paso del tiempo, hubo un dirigente —que falleció, era muy activo, de apellido Soza— que, gracias a él, se empezó a tener agua y luz. Bueno, después empezaron a haber más dirigentes... Al principio habían grifos, aquí mismo había uno; yo me levantaba entonces tipo tres de la mañana a juntar agua, pues habían sólo cuatro pilones. La luz llegó como el año 70. Después los avances que se han ido haciendo fueron por intermedio de la Junta de Vecinos, que hizo el proyecto para negociar con la Municipalidad el pavimento de las veredas. Es lo primero que hicimos: el pavimento de las veredas, porque ésta es una zona gredosa y en el invierno los porrazos en la cuadra andaban a la orden del día... Fue un trabajo participativo que se hizo como en 1985. Después avanzamos en las casetas sanitarias. Hicimos un proyecto cuando yo era director y lo mandamos a la Municipalidad, pasó a Serviu [Servicio de Vivienda y Urbanismo] y luego se hizo el alcantarillado, como en 1990, pero se hicieron unos pozos que se llenaban y todo iba a parar ahí a los pies del balneario. Eran aguas servidas que no eran muy agradables para las visitas. Y se tapaban esas cosas y cada operativo de destape costaba casi 3 millones de pesos. No hicieron un arranque directo al colector de Villa Sagasca... No sé si fue negligencia de Serviu. Esta era una población muy abandonada... yo tenía problemas en la noche. Era todo oscuro y había una tremenda acequia que se salía a las calles. Era triste todo esto, pero de a poco la gente ha ido superándose, dando avance a la población...

Según lo dicho por don Gustavo Miranda respecto de la población Dintrans, la “urbanización” y plena “integración” de una sociedad civil popular suelen ser un proceso lento. Tras 25 o 30 años de esfuerzos continuados —o sea, justo el paso de una generación— y tras el trabajo perseverante de sucesivas ‘directivas’, ese proceso puede estar todavía inconcluso. En la población Dintrans aún hoy quedan por construir 27 casetas sanitarias, el pavimento de las calles principales, una sede comunitaria para los

jóvenes, eliminar la carretera del ácido que aprieta a la Población y, sobre todo, resolver el problema de la deserción escolar y la alta cesantía laboral de adolescentes y jóvenes.

El orgullo que produce una 'urbanización' avanzada o exitosa puede consolidar la identidad histórica de la generación adulta, pero *no* basta para eliminar la desazón que provoca la lentitud de los procesos anotados, cuando se arrastran por más de treinta años. Porque ellos caen a plomo sobre los niños y la juventud. De este modo, el orgullo de unos se contrapone a la desazón de otros. Así surge como una doble memoria y una frontera interna que divide en dos la memoria popular conjunta.

Si los pobladores tienen un nivel de ingreso ligeramente superior al mínimo, entonces el 'avance' puede ser mayor, pero es porque las mismas parejas han asumido el costo y el trabajo de los adelantos. Es decir, porque han desarrollado al máximo la autogestión. Como dice la señora Laura, de Puertas de Fierro, a propósito de los ex parceleros que se convirtieron en pobladores en ese sector: "Yo vi que estaba la posibilidad de que nosotros, como sector, podíamos obtener muchas cosas si trabajábamos en conjunto". Es decir: si aparte de vivir privadamente como parejas aprendían a vivir comunitariamente como colectivo. La primera tarea que emprendieron como conjunto los pobladores de Puertas de Fierro fue obtener agua potable, lo que ocurrió después de estar más de veinte años "tomando agua de los canales". "Nosotros hicimos las gestiones, todo —dice la señora Laura— y don Alfonso Ureta nos consiguió el financiamiento para hacer el trabajo, que salió de la matriz de la Villa El Cobre hasta aquí, para el agua potable". El éxito de ese esfuerzo conjunto —realizado por todos hacia 1990— los convenció de que debían organizarse y tener una Directiva estable "de la cual yo quedé como Presidenta". Pero ése fue sólo el comienzo, porque después debieron resolver el problema de la luz. A ese efecto, al comienzo, tuvieron que comprar por sí mismos un transformador:

—Los maridos habían comprado un transformador y lo teníamos aquí en mi casa, y de este transformador nos abastecíamos todas las casas de arriba, como veinte o treinta casas. Entonces vimos que habían muchas peleas, que la señora tanto, que tal artefacto, que tantas cosas, que gastaba tanta luz. Llegaba un recibo de, por decirle yo, 200 mil pesos y se dividía entre treinta familias, pero no todas estaban dispuestas a pagar lo que correspondía. 'Bueno', dije yo, 'si hay tanta pelea, mejor trabajemos por el alumbrado público'. Y trabajamos. Hicimos bailes, reinados, y nos amanecíamos trabajando. Yo estaba por mejorarme de mi hija y me amanecía en los bailes con mi esposo para obtener el alumbrado público. Hasta que lo sacamos. Sacamos el alumbrado público y tuvimos que darle a la Compañía de Electricidad, nosotros, en parte de pago, el transformador de nosotros. Tuvimos que cedérselos para que ellos hicieran el alumbrado público y domiciliario. Así nosotros obtuvimos el alumbrado público, como en 1993. Y después de ahí hemos hecho pero cualquier gestión.

Después se luchó por el asfalto del camino, por las veredas: "hace tres años que tenemos veredas, las hicimos nosotros mismos, con nuestro trabajo. Yo estuve enferma, me dio lumbago, porque yo picaba la tierra. Y

todas las mujeres trabajaban con los maridos. Nos mirábamos todos como trabajadores... No nos quedaron buenas, pero tampoco malas, porque todavía sirven”. Era un trabajo necesario, indispensable, porque cuando todo era de tierra, el polvo y el barro eran una incomodidad insuperable:

—Había tierra, pura tierra. Pasaban la máquina, pero dejaba unos montones que no podíamos ni siquiera salir afuera. Y cuando se lavaba, teníamos que lavar y esperar que se oriera la ropa y dentarla al tiro porque en ese entonces era un tierral... pasaba un vehículo y no se veían las casas. Entonces eso nos desesperó y luchamos, ahí sí que luchamos. Trabajamos y pagamos... Para el proyecto de asfalto tuvimos que pagar nosotros el estudio de ingeniería. En ese entonces, le voy a decir yo, cuatro o cinco años atrás, tuvimos que pagar como 250 mil pesos, y eso salió todo del bolsillo de puro nosotros. Nosotros poníamos cuotas a cada dueño de casa. Hacíamos rifas. Por ejemplo, yo pintaba un paño de cocina y lo rifaba. Otra vecina hacía un queque y lo rifaba. Tirábamos cinco o seis premios y salíamos a vender casa por casa. Ya, y tirábamos la rifa en la calle, pa’ que todos vieran. Y ahí juntamos los 250 mil que nos salió el estudio de ingeniería... En la calle, todo lo hacíamos en la calle... ahora queremos sacar el área verde. Y después del área verde no sé qué vamos a inventar, porque siempre hay algo que hacer en el sector...

Una historia similar narran los pobladores de las Parcelas del Trapiche, con la diferencia de que, al mismo tiempo que se llevaban a cabo los adelantamientos autogestionados por los pobladores, fueron rodeados por nuevas y nuevas poblaciones y campamentos. “El entorno se ha ido modificando drásticamente —cuenta una dirigente de esta población— y nosotros hemos quedado como una isla. Se ha llenado de poblaciones y nos han ido cercando... A nosotros nos confunden con el campamento El Trapiche...”. De este modo, mientras algunas comunidades de pobladores están llegando al fin de su lucha por adelantar el entorno urbano de sus casas, nuevas y nuevas parejas llegan buscando sitio para vivir, dando recién inicio a la lucha por levantar una vivienda mínima. El desarrollo de las poblaciones populares, de este modo, se torna desigual y el esfuerzo autogestionario de todos parece hacerse infinito, inacabable y casi impotente. La construcción social de la ciudad y de la propia sociedad civil se convierten, así, en tareas perpetuas, sin fin a la vista.

En ese contexto, la conciencia de que sin autogestión no hay soluciones reales, llevó a muchos pobladores a institucionalizar el esfuerzo común bajo la forma de “cooperativas”, a veces bajo el patrocinio de una gran empresa (Codelco, por ejemplo), a veces por simple asociación vecinal. La Cooperativa les ha permitido hacer contratos formales con empresas, bancos y algunas agencias estatales o municipales, lo que ha obligado a relacionarse con abogados. Es evidente que negociar en este plano es algo más complejo que hacer rifas, picar la tierra y encementar veredas. Tanto, que estas negociaciones suelen escapar al control y la autogestión de los pobladores. En este tipo de gestión es donde ellos han sido engañados o estafados y perdido buena parte de

sus ahorros. Diríase que la autogestión popular, al entrar en contacto con los negocios formalizados, tiende a convertirse en un buen negocio precisamente para los negocios formalizados. Es lo que se desprende de lo que que narran las señoras Adriana Soto y María González, de la población El Trapiche:

—Mire, ésta es una cooperativa que se formó en 1971 con puros trabajadores de la planta faenadora de carnes. Formamos una cooperativa para tener casa propia. Antes había aquí un asentamiento campesino. Yo, en la planta, trabajaba en el casino. Juntamos dinero de las gratificaciones que nos daban y compramos el terreno. Después le pedimos un préstamo a la misma empresa [Socoagro] para comprar ladrillos. Y luego, pa' edificar, se le pidió un préstamo a Calicanto y aquí estamos jodidos porque todavía estamos debiendo las casas... Tuvimos que traer un abogado y este abogado dijo que las casas ya estaban repagás. Nosotros sabemos que las casas están repagadas porque nosotros pusimos el terreno, pusimos los ladrillos, pusimos fierros pa' la construcción... ¡y todavía estar pagando! ¿Qué pasó? Es que a nosotros... han ido vendiendo la cartera: primero éramos de Calicanto, después de Ahorromet, después de la NAT y de ahí pasamos al Banco Osorno... Ahí fue cuando vino el abogado y dijo que las casas estaban repagás. Dejamos de pagar durante tres años y estuvimos a punto que nos remataran todo ¡todo, todo!, porque en esos tres años nos encalillamos en 1 millón 400 mil pesos cada casa... ¡cada casa! Y ahora ya estamos debiendo 5 millones... Mandamos una carta al Ministerio de la Vivienda... le entregamos una carta a la señora Aylwin... habían 15 personas que no podían pagar ese millón 400 mil ¡sólo para ponerse al día! Y hay gente que está sin trabajo, con niños en el colegio y no tienen para pagar la deuda... Por esto formamos la Junta de Vecinos, hace cuatro años atrás, con 145 personas. Ésta es la situación de esta población... Bueno, ya se remató una casa. La remataron en 5 millones y sin aviso previo, nada. Cuando llegó el nuevo dueño le dijo a la persona que vivía en la casa: 'Lo siento, pero esta es mi casa: aquí está la escritura'. Y se tuvieron que ir no más y la persona que la remató no tenía interés en quedarse aquí: la vendió inmediatamente en 10 millones quinientos pesos.

Una historia similar cuentan los dirigentes vecinales de la Villa Corazón, que también formaron cooperativa y también se sienten hoy estafados por los intermediarios y la empresa constructora, pero aun así sienten orgullo porque son "la primera población que tuvo alcantarillado ¡nuestro!".

En gran medida, las parejas que vinieron de los asentamientos, de la zona minera, de las plantas faenadoras cercanas, de la orilla del río, etc., han sido las que, con su esfuerzo, han pagado por un sitio, por la construcción de sus casas, por la luz, el agua, la pavimentación y hasta por las capillas (caso de la población Las Tranqueras). Su generalizada escasez de medios —que les impedía comprar una casa moderna ya construida— los obligó a asociarse, a actuar como colectivo, a formar 'comunidad'. Una comunidad de esfuerzo que, para vivir, necesitaba, además de la casa, pagar la mayor parte o la totalidad del costo relativo al 'equipamiento urbano' mínimo necesario. De modo que —como se dijo más arriba— las parejas han operado casi en los mismos términos que los 'colonos' del período

colonial que, para vivir, tuvieron que levantar no sólo su casa, sino también su ciudad. Sólo falta que sus Juntas de Vecinos se conviertan por sí mismas en algo similar a los viejos y soberanos Cabildos de los antiguos colonizadores de Chile.

Las parejas de la segunda generación no sólo han construido su vida de pareja, sino también la historia pública de su actividad ‘colonizadora’, que les ha tomado —por lo visto— treinta o más años de su vida. Por eso, estas parejas sienten orgullo. Y por eso mismo ¿cómo no se van a sentir defraudadas cuando sus niños, al crecer, no reconocen ni valoran esos esfuerzos? ¿Cómo, además, no van a sentirse defraudados del dudoso rol jugado en esa historia por los intermediarios, las empresas y por el propio Estado?

La memoria del liderazgo autogestionario

Por lo visto, es claro que la historia autogestionaria (o, si se quiere, ‘colonizadora’) de las parejas populares conduce, como resultado lateral, a la formación de un tipo de ciudadano que *no* se forma de igual modo en otros sectores sociales y en otras esferas de la sociedad. No se trata de un ciudadano que se limita a ejercer de vez en vez su derecho a voto, sino de un ‘actor’ que tiende a *producir* por sí mismo la materialidad y la comunidad en que vive; o sea: su propia realidad. Lo que, mirado desde una perspectiva histórica social y política, no es poco decir.

En este sentido, el desenvolvimiento histórico de las parejas que se han entrevistado ha sido, sin duda, un proceso dual, de doble fondo y doble pendiente, porque, de una parte, ha sido un proceso privado, pero al mismo tiempo, de otra, ha sido un proceso de tipo comunitario, público y civil que ha tenido y tiene directa incidencia en el desarrollo local y aun en la configuración del ‘poder local’. Conscientemente o no, las parejas populares están impulsando un proceso complejo que puede incidir, a mediano o largo plazo, no sólo en la aparición de una más bien inédita ‘ciudadanía participativa’, sino también en la aparición de un tipo también inédito de democracia social ‘por abajo’. Es decir: de una sociedad civil popular que tiende a acostumbrarse a ser protagónica y, en los hechos más que en el derecho, ‘soberana’.

En este contexto, los dirigentes vecinales parecen encarnar estas nuevas tendencias, sobre la base de aprender de la misma práctica autogestionaria más que del viejo clientelismo político. El proceso de formación y aprendizaje ha sido, en este sentido, más bien espontáneo, pero en esto, las mujeres fundadoras (también “dueñas de casa”) han revelado ser más activas, versátiles y perseverantes que los fundadores masculinos. Así lo revelan las declaraciones espontáneas de Lucrecia Moreno, Luisa Mori y Carmen Valdebenito, de la población Las Tranqueras, cuando afirmaron a coro: “Nosotras estamos en el Centro de Madres, estamos en la aeróbica, en el Taller de Folklore, en la Junta de Vecinos... ¡es que estamos en todas!”.

Ser dirigente en los tiempos de la autogestión popular significa hacer de todo: gestionar en el municipio y en las empresas, convocar a

reuniones, promover la solidaridad, trabajar con la picota y la pala en las veredas, visitar a los vecinos, presionar para el pago de cuotas, inventar rifas y anticuchadas, hacerse cargo de las críticas, etc., pero no hacer antesala en el despacho privado de los políticos. Hoy, para esos dirigentes, no es la militancia político-partidaria lo que se necesita, sino una plena lealtad a la comunidad, como ‘militante social’.

—Nosotras —cuentan las dirigentes de Las Tranqueras— hemos logrado hartas cosas: una multicancha, las veredas de la plaza, la sede, la garita de afuera... Hemos limpiado hasta donde hemos podido. Nosotras pegamos ladrillos cuando hicimos la sede, acarreamos agua... Para hacerla tiramos un proyecto a los Países Bajos, a Holanda, de allá nos mandaron un aporte... Hicimos un gran esfuerzo para juntar plata; si había que hacer ramadas teníamos que cortar palos, palos mojados, a veces lloviendo, para tener un local cerrado...

Asumir el rol de dirigente es, sin duda, un trabajo comunitario de alta responsabilidad. Sin embargo, para la persona que asume ese rol con seriedad y entusiasmo es, además de ello, una oportunidad para su desarrollo personal y para moldear un modo de vida gratificante en un sentido más cívico que familiar. Sobre todo si se asiste a los diversos cursos de capacitación que hoy se ofrecen a los que se interesan en el desarrollo social de la comunidad y dedican gran parte del tiempo a “trabajar” para resolver los problemas de todos. En este sentido, cuenta doña María Eugenia, dirigente de la Junta de Vecinos de la población Irene Frei:

52

—Un día me dijeron que tenía que trabajar por la Junta de Vecinos, cuando llevaba casi dos años en esta población. Fue emocionante cuando me lo propusieron. Yo no sabía si aceptar o no, porque no sabía si a mi compañero le iba a gustar lo que iba a pasar... Y me decían: ‘Señora Eugenia, hágalo, acéptelo’, qué sé yo. Y yo les dije: ‘Si ustedes van dentro, yo lo acepto’, porque era una Junta de Vecinos que la dejaron a la deriva, sin nada, ni siquiera un lápiz. Con eso le digo todo. Más encima se habían robado los fondos... Así que cuando tomamos esta Junta nos propusimos trabajar y hemos trabajado bastante: hemos trabajado por esta sede... luchamos hasta que salió la sede, pero como directiva no nos quedamos ahí: empezamos con que nos cerraran la sede... la cerraron, le pusieron protecciones, y a última hora mandé una carta al Intendente, pues queríamos un equipamiento para la sede, lo que significaba ponerle sillas, qué sé yo, un televisor, un video... Ahora tenemos una linda, una hermosa sede... Hemos hecho muchos proyectos más como Junta de Vecinos, nos hemos movido mucho... Y cuando no me puede acompañar una persona de la directiva, me las mando sola para el centro, porque llega un momento que no pueden ir y, bueno, hay que ir, pero siempre no me gusta trabajar sola, no me gusta ser yo todo el tiempo, lo que me gusta es la directiva, y si yo hago algo lo hago por todas y todas figuramos en el cuento, no yo no más... Somos cuatro mujeres que nos ha tocado duro. De repente hemos agarrado la carretilla para trabajar, en el canal Peterson, por ejemplo, sacando basura... Felizmente he sido llamada para hacer cursos, entonces por eso te digo, no sé, fue como que Dios me dio su bendición porque... eh, salgo de un curso y ya me están llamando para otro... Mi tesorera es una persona que siempre me ha estado dando aliento, que

siga adelante, que tome los cursos, que lo haga aquí, que lo haga acá, y todo eso a uno le sirve mucho, que haigan personas que la estén respaldando, y mi compañero igual, jamás mi compañero me ha prohibido que vaya a ningún lado. De repente como que se siente que está almorzando solo, sí, y 'que está haciendo esto y está haciendo otro', pero... no sé, poh, después al último qué le hago, le doy una sonrisa, le hago una caricia y ahí la cosa pasó a la historia. Y yo sigo marcando el paso para ayudar a la gente. Mi idea es ayudar. Hemos ayudado a gente que lo necesitaba. Los he llevado a la Municipalidad, hemos ayudado a sacar escrituras y así muchas cosas, colectas también. Ahora comprenderás que a algunas personas les caímos mal porque nos gustan las cosas directas y francas y no nos gusta que la gente se aproveche de los demás, y entonces muchas veces, a lo mejor, puede haber gente a la que uno no les simpatiza, pero uno no puede ser medallita de oro, caerle bien a todos, como se dice. Entonces te digo que yo hasta aquí estoy feliz, y día a día, no sé, parece que esto es un libro abierto donde yo me estoy introduciendo a leer, y el final no sé cuándo irá a ser, pero yo día a día me introduzco más en ese libro y es un libro de cuentos, y voy encontrando en mi camino cuentos maravillosos donde yo voy metiéndome dentro del cuento. Y yo nunca antes había tenido experiencia en organizaciones, nunca. Yo siempre miré de fuera esto, jamás me gustó, porque si yo no tenía la materia prima pa' meterme en esto eso no era ser dirigente, porque ponerse el nombre de presidenta significa luchar, luchar por lo que la gente quiere y tú tienes que prepararte para entregar algo más. Y a la asamblea no puedes llegar ahí toda tímida como pajarito mojado... no, es todo lo contrario... Entonces... así lo veo yo... para ser una buena dirigente yo me he codiado con muchos cursos, con mucha gente. Mira, qué quieres que te diga, en los dos años y medio que llevo en esto los he dedicado a recibir, a recibir enseñanza para entregarla... Yo pienso que ha sido maravilloso y, no sé, poh, me gustaría que alguna de mis hijas después fuese dirigente también. Hoy cada dirigente sabe que tiene que hacer un proyecto, sabe con quién tiene que hablar, sabe a qué oficina dirigirse para ver al alcalde... Yo pienso que antes se le trabajaba mucho al paternalismo, pero ahora... eh, no, porque el dirigente la pelea, porque antes, ¡puchas, hágame la gauchá! Ahora no, porque el dirigente pelea la causa... eso es lo lindo, porque tienen que salirle las cosas bien, porque, mal que mal, no va a perder tiempo por andar por ahí medio día... Mira, yo te hice cursos de liderazgo, estudio de proyectos, de marco jurídico, leyes sobre Juntas de Vecinos, contabilidad y auditoría... Entonces yo encuentro que es rico, que es muy rico todo esto...

53

En similares términos se plantea la señora Isabel Rosales, dirigente de la población San Francisco:

—Me siento bien como dirigente, conforme, aunque a veces es un poquito ingrato. De cuando tú vas a una parte y vas con tantas ilusiones de poder solucionar un problema y te dicen ¡No! Entonces todo es empezar de nuevo. Pero uno empieza con más brío, fíjate. Eso da más fuerza... La vida es a veces muy complicada. Entonces tratamos de no hacerla tanto. Tratamos de llenar todo eso y si de repente pasamos un proyecto que no nos aprueban, entonces digo yo, 'bueno, hay que volver a pasarlo, hay que volver a insistir'. Y no me quedo tranquila: soy insistente... Aquí no recibimos ningún pago por este trabajo. Es puro amor a la gente. Nosotros corremos con nuestros propios gastos

de locomoción, de cuadernos, de lápices... Es una labor que, yo creo, la teníamos dormida y de repente apareció y tú ya no puedes parar. No puedes parar de ver que a esta persona le falta esto, que la otra aquí y allá. Yo pienso que era el camino. Mientras mis hijos fueron pequeños, yo no me metí en nada. Era la dueña de casa, la mamita, la esposa, la amiga... Ahora no, porque soy de todos... Yo llevo ¿cuántos años? en esto y todavía mi casa no la hemos terminado bien, pero se la he terminado a casi todo el mundo. Me siento contenta con lo que hago. Que de repente me cuesta, sí, pero igual me gusta. Y mientras más me digan que no, parece que más me incentivan... Y voy a morir aquí, porque éstas son mis raíces... Pero estoy contenta de todo, de ser lo que soy. No aspiro a ser más. Lo único a lo que aspiro es al respeto de las personas. Esto es a todo lo que aspiro yo.

La necesidad de la acción colectiva y el trabajo solidario de los dirigentes es una práctica que, repetida insistentemente por cinco, diez, veinte o treinta años, termina por generar una *cultura social*, una práctica ciudadana de hacer cosas por el bien de todos. Esta práctica puede darse en las funciones y deberes de las Juntas de Vecinos, y también en acciones simples pero de gran importancia para las familias. Es lo que hace doña Elsa en la Villa Baquedano:

—Yo soy como soy: charlatana, llorona, pero me gusta atender al prójimo también. Coloco inyecciones estando enferma yo misma. El otro día estaba súper enferma con neumonía, se me olvidó y salí en la noche, como a las diez, a colocar inyecciones. No fui al médico y no me salía la voz de ronca... A mí no me interesa que me paguen o no me paguen las inyecciones, porque la cosa es colocarlas. Pero también soy media jodida, porque a veces la gente es mala, entonces yo... yo le decía a mi marido: 'Voy a armar una táctica y persona que me haga mal, no le coloco inyecciones'... Y la gente toma como obligación que uno tiene que saber ir y colocar; entonces yo les digo: 'Los días feriados yo no coloco inyecciones'...

Los hombres también participan en las Juntas de Vecinos y realizan el mismo trabajo que las dirigentes cuyo testimonio se recogió en los párrafos anteriores. Es el caso de don Gustavo Miranda en la población Dintrans, por ejemplo. Sin embargo, su número es menor que el de las mujeres dirigentes, y todo indica que los varones prefieren hacerse cargo —como se verá más adelante— de las actividades deportivas, donde juegan un rol importante. La mayoría de las mujeres opina que los hombres no asumen un rol protagónico ni en la conducción de la comunidad, ni en la negociación con las autoridades, ni en las iniciativas que apuntan al adelantamiento urbano de la población. Tienden a situarse en un rol secundario, ayudando más bien en trabajos físicos. En este sentido, la opinión casi unánime de las mujeres es que ellos prefieren restarse de las tareas propias de un dirigente poblacional:

—¡Los hombres adultos no hacen absolutamente nada! —dijo la señora Laura, de la población El Trapiche—. ¡Nada! Yo siempre les digo en las reuniones que ésta es una población de viudas, porque los hombres no van ni siquiera a las reuniones, y cuando mucho, va sólo uno. Es una población de viudas. Las hombres como que ya no se interesan; es que como la vida está tan diferente y hay muchos que perdieron su traba-

jo... casi todos trabajaban ahí en la planta faenadora de carnes, pero perdieron su trabajo. Y muchos estuvieron mucho tiempo sin encontrar trabajo y ahora trabajan en lo que pueden, en lo que haya; es como que viven muy agitados. Trabajan al día, en lo que pueden... Pero ¡fíjese! los hombres dejan que las señoras vayan a los talleres, ninguno se opone...

—La directiva casi siempre la componían solamente mujeres —dice la señora Carmen, de Las Tranqueras—, pero estuvo don Pedro de tesorero. Mi marido no participa. En general los maridos no participan con nosotras, pero cuando hay algo que hacer son los primeros en estar ahí. Y los domingos van a la cancha, les gusta la cancha.

—Uno hace todo por vocación —agrega la señora Lucrecia, de la misma población—, o no sé si es vocación lo que uno tiene, pero me gusta. Aunque mi marido me reta de repente, pero yo... igual. Me dice que soy metida, y me dice ‘¿pa’ onde vai?’; ‘pa’ la sede’, le digo yo. Y a veces me busca (‘en la sede tiene que estar’), y ahí estoy yo. Pero los hombres adultos no están entusiasmados con el trabajo de la Junta. Mi marido nunca se ha metido en esto de la Junta de Vecinos. Ha venido a ayudar sí, en la plaza, en las veredas, pero lo demás de la Junta de Vecinos, no. No le gusta y no le gusta que yo esté allí. Dice que siempre hablan por fuera, que nunca la gente está conforme. Y yo le digo: ‘Si yo voy a trabajar, voy a trabajar por todos’. No sé qué está pasando, pero esto se está dando desde hace tiempo. Hace tiempo que no quieren nada, porque, por ejemplo, el marido de ella trabajaba siempre antes, desde que estamos nosotras, pero ahora ya no. Ya no quiere nada...

—De ahí le empecé a abrir los ojos a la gente, pero a las mujeres —dice doña Laura, de Puertas de Fierro—, porque aquí la mujer es más avispa que el hombre. El hombre es más... como ese mismo caballero que el otro día no nos quiso recibir. Entonces la gente es así, no la llamo ignorante, pero son cerraos. Ellos dicen que es blanco y es blanco no más, y de ahí no los hace cambiar usted. Casi todos los dueños de casa son así por aquí, sobre todo los mayores, los más viejos. Viven su vida, pero como ellos la han vivido siempre, creen que todavía están en el otro siglo. No avanzan. Las mujeres, no. Nosotras somos más avispas. O sea: yo las he avispa...

55

El liderazgo comunitario se desarrolla, al parecer, de modo desigual. Las parejas tienden, en este sentido, a practicar una suerte de ‘división del trabajo’. La crisis económica que afecta el trabajo de los maridos, deteriorando su rol tradicional de ‘proveedores’, sume a los hombres en un “estado de agitación” que los torna aparentemente “apáticos” para lo vecinal y para el desarrollo urbanístico de sus poblaciones. Las mujeres, en cambio, asumen de lleno el liderazgo de ese avance, entre otras razones, porque eso les permite, por añadidura, alcanzar un más alto desarrollo personal. De hecho, se “avispan” más que los hombres. ¿Es que el liderazgo asumido por las mujeres en el ‘desarrollo local’ se debe a que ese compromiso es la *mejor* forma de liberarse de su antigua e incómoda condición de meras ‘dueñas de casa’ y ‘mamitas cuidadoras de hijos’? ¿Qué pasaría si ellas tuvieran la oportunidad no sólo de educarse profesionalmente, sino también de encontrar un trabajo formal bien remunerado? ¿Tendrían tiempo, en ese caso, para dedicarse a “ayudar a los demás”?

Como quiera que sea, todo indica que la situación del mercado laboral no cambiará sustantivamente ni en el corto ni en el mediano plazo, tanto para los maridos como para las esposas. La situación crítica que hoy afecta a las parejas populares se mantendrá, y seguirá necesitando, por tanto, de una ‘dirigencia’ propia que, a su vez, seguirá alimentando el desarrollo del nuevo tipo de ciudadanía. Pues, aunque las parejas adultas hayan coronado con éxito su lucha y hayan conseguido sitio, casa, luz, agua, vereda, etc., las nuevas “nidadas” de ‘cabros jóvenes’ que necesitan emparejarse y no tienen más alternativa que vivir como “allegados” en las casas de sus padres, dejan en claro que el problema sigue igual que siempre: en el punto de partida, allí donde comenzaron todos los ‘viejos’ anteriores. De modo que la dirigencia popular y las prácticas autogestionarias necesitan, pues, continuar, y reproducirse. Y tal vez ampliarse.

El desafío infinito de las “nuevas nidadas”

56

Las nuevas “nidadas” de niños, jóvenes y de allegados es el resultado de la función natural de toda pareja: tener hijos. En un sentido, diríase que la lucha autogestionaria de las familias populares constituye un “capital social” que contribuye de modo decisivo al desarrollo local de la ciudad y la sociedad; pero en otro sentido —en tanto que matriz productora de niños y jóvenes y, por tanto, de “allegados”—, diríase que esas familias aparecen reproduciendo y multiplicando el *mismo* problema por cuya solución lucharon toda su vida. ¿Qué es lo que hay aquí, en el fondo? ¿Se trata de un círculo vicioso atribuible al comportamiento típico de los propios sectores populares, o se trata de una malformación de la estructura global de la sociedad?

De cualquier modo, los pobladores sienten cómo, en el seno de su misma familia y en su propia casa, se renueva el problema. Como dice la señora Rebeca, de Puertas de Fierro:

—Mis padres se vinieron a vivir conmigo, y aquí viven ahora como once o... ¡doce! personas... porque ahora, de partida, tengo una hija y ahí al lado tengo un hijo...

—Y ahora hay pero cualquier cantidad de niños, si este año se pasó p’hacer niños —cuenta la señora María, de El Trapiche— y estos niños son en la mayoría de los cabros jóvenes, de los mismos lolos que cuando yo llegué aquí tenían entre 17 y 18 años, de esos mismos. La mayoría de ellos sigue viviendo acá y vive con los papás, de allegados... A los chiquillos les cuesta mucho que se vayan de acá... ¿no es cierto? Hay niños o hijos de los matrimonios que se han casado y, claro, han postulado en otro lugar a casas... y no se acostumbran y vuelven a la casa de sus padres...

—Aquí llegaron al principio 36 familias —cuentan las pobladoras de Las Tranqueras— y creo que ahora hay el doble. Los hijos crecieron y se casaron. La mayoría están casados y viviendo con sus padres... Mi hija vive con su suegro. Estuvo arrendando un tiempo, no le resultó y vive con la suegra ahora en una pieza con el chico que tiene tres años, y está con cocina y todo adentro. Ellos van a construir y hacer otra pieza, pero

donde mismo. Se van a ampliar, pero van a seguir siendo allegados y, ojalá Dios quiera que un día mi yerno tenga un buen trabajo y puedan comprar en algún lado y construir ellos... El sitio nuestro es grande, de 32 por 25. Es grande, le estoy construyendo una casa a mi hija. Me la voy a traer porque ella arrienda en un lugar que... ¡olvídate! ha padecido mucho en ese lugar... El sitio mío no da porque yo tengo una acequia y no me queda más que espacio a un lado... Los jóvenes se han ido quedando, apegados a las mamás... Yo pienso que con el tiempo aquí va a haber que construir unas torres para arriba... Yo tengo a mi hija con su niño, con su marido; tengo tres familias viviendo en un sitio que es chiquitito. Ahí tienen su mediagua p'atrás... Años atrás hicieron un comité de allegados, un intento, no sé en qué quedó; habían visto unos terrenos, pero les dijeron que no, porque eran terrenos municipales...

Muchas de las parejas de allegados logran organizar un comité y comprar o tomarse un terreno donde forman un campamento. Así, en condiciones de emergencia, comienzan a luchar para construir su casa y lograr todos los adelantos correspondientes.

—Son gentes que, bueno, fueron en algún minuto allegados —dice Jéssica, del CDC Poniente, refiriéndose a los pobladores del campamento Maibe— y tomaron la opción de vivir en el campamento, y a partir de él han generado Comités de Vivienda. Hablo de familias jóvenes, promedio entre 20 y 25 años, con hijos de 4 o 5 años. Son familias que se empezaron a constituir cuando tenían 17 o 18 años, que se casaron o han vivido como convivientes a partir de esa edad.

La presencia invasora de los allegados retorna todo —como se dijo— al punto de partida. Las poblaciones urbanizadas fundadas por las parejas adultas terminan albergando en su patio trasero un sinnúmero de mediaguas, verdaderos micro-campamentos que aumentan la densidad demográfica de las familias hasta un punto inaguantable, que lleva a muchas parejas jóvenes a “optar” por vivir en condiciones de total emergencia en un campamento en el que, con cierta autonomía, puedan constituirse en un colectivo y en una comunidad emergente, dispuesta a reiniciar la ‘lucha’ de sus vidas. Mientras, otras optan por quedarse viviendo en el patio trasero de sus viejos, dentro de una densidad demográfica en la que todo se convierte en tensión y agresividad; en un tiempo realmente difícil, del cual, tal vez, mejor es no tener memoria.

lada y convenientemente reciclada manipulándola desde el timón del Estado y desde el dogma político de la “gobernabilidad”.

La firmeza y la convicción de los testimonios expuestos invitan a pensar que esta transición ciudadana *no es reversible*. Que las actitudes y conductas que esos testimonios reflejan no están débil y artificialmente implantadas en discursos ideológicos o personalidades carismáticas, sino en un terreno socio-cultural surgido desde el fondo de las memorias populares. Es decir: en el entretejido de identidades infantiles, juveniles, femeninas y masculinas construidas a pulso, a partir de experiencias propias, sobre la base de una permanente autogestión y en orgánica relación con los contenidos atesorados en la memoria social de los propios pobladores. Porque haber conquistado una casa propia, urbanizado una población, construido un sector de la ciudad y tejido punto a punto una densa madeja de sociedad civil, es una odisea que no sólo da para recordar y construir identidad, sino también para sentir orgullo y soberanía, o rabia y rebelión, que son enraizamientos profundos en una *cultura propia*, que en nada se asemeja a los antiguos y volátiles enraizamientos en las abstractas ideologías declamadas por los partidos populistas del pasado.

La sociedad chilena, en este sentido, está parada sobre un iceberg profundo, cuyo movimiento —tal vez— no está siendo suficientemente comprendido. Y respetado. Lo cual puede complicar el momento en que ese cuerpo histórico profundo, removido por alguna coyuntura agitada, aparezca de lleno en la superficie.